

www.elboomeran.com

TEJU COLE

CIUDAD ABIERTA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARCELO COHEN

BARCELONA 2012



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Open City*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011 by Teju Cole. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2012 by Marcelo Cohen
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo Fotográfico
F. Català-Roca - Archivo Fotográfico del Archivo Histórico
del Colegio de Arquitectos de Cataluña
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía del hotel Hilton de Nueva York,
Sexta Avenida, de F. Català-Roca (1987)

ISBN: 978-84-15277-92-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 21 913-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

UNO

Y así, cuando el otoño pasado empecé a dar largos paseos vespertinos, Morning Heights me pareció un lugar cómodo desde donde internarme en la ciudad. El sendero que baja desde la catedral de St. John the Divine y cruza Morningside Park está a sólo quince minutos de Central Park. En la otra dirección, hacia el oeste, hay diez minutos hasta Satura Park, y doblando desde allí hacia el norte se va a Harlem a lo largo del Hudson, aunque el tráfico impide oír el río que corre al otro lado de los árboles. Estos paseos, contrapunto a mis ajetreados días en el hospital, se dilataban constantemente y, como cada vez se extendían más, a menudo me encontraba muy lejos de casa bien avanzada la noche y por fuerza tenía que volver en metro. De este modo, al comienzo del último año de mi beca de psiquiatría, Nueva York fue tramándose en mi vida a ritmo de caminata.

No mucho antes de que empezaran los vagabundeos, yo había caído en el hábito de observar desde mi apartamento a las aves migratorias, y ahora me pregunto si no había un vínculo entre ambas costumbres. Las tardes que volvía del hospital con tiempo, solía mirar por la ventana, como quien busca augurios, esperando ver el milagro de la migración natural. Siempre que divisaba una formación de gansos surcando el cielo me preguntaba cómo se vería nuestra vida desde su perspectiva e imaginaba que, si se hubieran permitido especular algo semejante, tal vez los rascacielos les habrían parecido abetos apretados en un bosque. Muchas veces al otear el cielo no veía más que lluvia, o la estela tenue de un avión como una bisectriz en la ventana, y

una parte de mí dudaba de que esas aves, con sus alas y cuellos oscuros, sus cuerpos pálidos y sus corazoncitos incansables, existieran de verdad. Me dejaban tan pasmado que cuando no estaban allí yo no podía confiar en el recuerdo.

De vez en cuando volaban palomas, o bien gorriones, oropéndolas, tanagras o vencejos, aunque era imposible reconocer pájaros en aquellas motas minúsculas, solitarias y normalmente incoloras que burbujeaban en el cielo. Mientras esperaba a los raros escuadrones de gansos, a veces escuchaba la radio. En general evitaba las emisoras de Estados Unidos, que para mi gusto tenían demasiada publicidad—Beethoven seguido de equipos de esquí, Wagner después de un queso artesanal—y sintonizaba en internet emisoras de Canadá, Alemania u Holanda. Y aunque a menudo no entendía a los presentadores, dada mi defectuosa comprensión de sus idiomas, las programaciones siempre coincidían muy exactamente con mi ánimo vespertino. Mucha música me resultaba familiar, ávido oyente de radios clásicas como había sido yo por más de catorce años, pero parte de ella era nueva. También había inusitados momentos de asombro, como la primera vez que oí, en una emisora que emitía desde Hamburgo, una pieza cautivadora para contratenor y orquesta de Shchedrin (o tal vez fuera de Ysaÿe) que hasta el día de hoy he sido incapaz de identificar.

Me gustaba el murmullo de los locutores, el sonido sereno que llegaba desde miles de kilómetros de distancia. Bajando el volumen de los altavoces del ordenador, miraba afuera, acurrucado en el solaz que ofrecían las voces, y no me costaba comparar mi situación en un apartamento exíguo con la del presentador o la presentadora en su cabina radiofónica en lo que debía ser la medianoche de algún lugar de Europa. Todavía hoy en mi mente aquellas voces incorpóreas están conectadas con la aparición de los gansos

que emigran. No es que en realidad haya alcanzado a ver las migraciones más de tres o cuatro veces en total: lo que veía la mayoría de las tardes eran los colores crepusculares del cielo, sus azules de pólvora, sus rubores sucios, sus óxidos, todos los cuales paulatinamente dejaban paso a la sombra profunda. Cuando se hacía de noche tomaba un libro y leía a la luz de una vieja lámpara de mesa que había rescatado de uno de los contenedores de la universidad; la bola de vidrio que encapuchaba la lamparilla teñía de una luz verdosa mis manos, el libro, el deslucido tapizado del sofá. A veces incluso leía en voz alta, y al hacerlo notaba lo extraño que mi voz se mezclaba con el murmullo de los locutores radiofónicos franceses, alemanes u holandeses, o con la fina textura de los violines de las orquestas, todo esto intensificado por el hecho de que, cualquiera que fuese el libro que estaba leyendo, probablemente había sido traducido de alguna lengua europea. Aquel verano yo erraba de libro en libro: *La cámara lúcida* de Barthes, los *Telegramas del alma* de Peter Altenberg, *El último amigo* de Tahar Ben Jelloun entre otros.

En medio de esa fuga sonora me acordaba de san Agustín asombrado ante san Ambrosio, quien parece que había descubierto una manera de leer sin pronunciar las palabras. La verdad, es muy extraño—se me ocurre ahora, como se me ocurrió entonces—que podamos comprender las palabras sin decírlas. Para Agustín, el peso y la vida interior de las frases se experimentaba mejor en voz alta, pero desde entonces nuestra idea de la lectura ha cambiado mucho. Hace demasiado tiempo que se nos enseña que la visión de un hombre hablando consigo mismo es un signo de excentricidad o de locura, hemos perdido totalmente el hábito de oír nuestras voces, como no sea en una conversación o protegida por una multitud vociferante. Pero un libro es

una sugerencia de conversar: una persona le habla a otra, y en ese intercambio el sonido audible es o debería ser natural. Así que yo leía en voz alta, teniéndome como público, y daba voz a las palabras de otro.

Como fuese, esas inusuales horas nocturnas pasaban fácilmente y con frecuencia me quedaba dormido en el sofá, y sólo mucho más tarde me arrastraba hasta la cama, por lo general alrededor de medianoche. Luego, después de lo que siempre me parecían meros minutos de sueño, el despertador de mi móvil, que estaba programado con un bizarro arreglo de *O Tannenbaum* para una suerte de marimba, me despertaba de un brinco. En los primeros momentos de conciencia, en el resplandor súbito de la luz matinal, mi mente se perseguía a sí misma recordando fragmentos de sueños o pasajes del libro que había estado leyendo antes de dormirme. Para romper la monotonía de esas veladas empecé a hacer caminatas dos o tres días laborables, después del trabajo, y al menos uno los fines de semana.

Al principio las calles me parecían una estridencia incesante, un estremecimiento después de la concentración y la relativa tranquilidad de la jornada, como si algo hubiera destrozado la calma de una capilla privada con el estrépito de un televisor. Urdía mi camino entre muchedumbres de compradores y trabajadores, obras viales y cláxones de taxi. Caminar por zonas concurridas de la ciudad significaba poner los ojos en más personas, en cientos, miles incluso, que las que yo estaba acostumbrado a ver durante un día, pero el impacto de esas caras no aliviaba en absoluto mi sensación de aislamiento sino que más bien la intensificaba. También empecé a estar más cansado después de iniciar las caminatas: era un agotamiento diferente de cualquiera que hubiese conocido desde los primeros meses de prácticas de residencia, tres años antes. Una noche sencillamen-

te seguí andando más y más, sin parar, hasta la calle Houston, una distancia de unos diez kilómetros, y en un estado de fatiga desorientada me encontré pugnando por mantenerme en pie. Esa noche volví a casa en metro y, en vez de dormirme enseguida, estuve tendido en la cama, demasiado exhausto para liberarme de la vigilia, repasando a oscuras los numerosos incidentes y visiones que había tenido mientras vagaba, disponiendo cada encuentro como un niño que juega con bloques de madera, tratando de dilucidar dónde encajaban, cuál era el sitio de cada uno. Cada barrio de la ciudad parecía de una sustancia distinta, cada uno tenía una presión atmosférica diferente, su propia carga psicológica: las luces brillantes y las tiendas cerradas, los edificios de viviendas y los hoteles de lujo, las escaleras de incendio y los parques. La fútil tarea de ordenamiento se prolongaba hasta que las formas empezaban a ensamblarse y adoptar formas abstractas sin relación con la ciudad real, y sólo entonces el frenesí de mi mente mostraba cierta piedad, y se aquietaba, y dejaba paso a un sueño sin sueños.

Las caminatas satisfacían una necesidad: eran un desahogo respecto de la estrecha regulación del medio mental del trabajo y, no bien descubrí su calidad terapéutica, se volvieron cosa normal y olvidé cómo había sido la vida antes de empezar a andar. El trabajo era un régimen de perfección y competencia, ninguna de las cuales permitía improvisaciones ni toleraba errores. Por interesante que fuese mi proyecto de investigación—llevaba a cabo un estudio clínico de trastornos afectivos en personas mayores—, el grado de detalle que demandaba era de una complejidad que excedía todo lo que había hecho hasta entonces. De modo que las calles constituían una bienvenida réplica a las horas de trabajo. Ninguna decisión—dónde doblar a la izquierda, cuánto quedarse absorto frente a un edificio abandonada-

do, ver el sol poniéndose en Nueva Jersey o bajar por la penumbra del East Side mirando hacia Queens—tenía consecuencias, y por esto mismo cada una era un recordatorio de libertad. Recorría las manzanas de la ciudad como si las midiera a zancadas, y en mi avance sin rumbo las estaciones de metro oficiaban de motivos recurrentes. Ver grandes masas de gente corriendo hacia cámaras subterráneas siempre me resultaba extraño, y sentía que la raza humana entera, llevada por el contrarreflejo de una pulsión de muerte, se precipitaba en catacumbas móviles. Por encima del suelo yo estaba con otros miles, cada uno en soledad, pero en el metro, apretado contra extraños, empujándolos y empujado por ellos en disputas por espacio y por aire, todos poniendo en escena traumas inconfesados, la soledad se intensificaba.

Un domingo de noviembre por la mañana, tras un recorrido por las calles relativamente tranquilas del Upper West Side, llegué a la amplia, soleada plaza de Columbus Circle. Últimamente la zona había cambiado. Se había vuelto más comercial y turística gracias al par de edificios que había erigido la empresa Time Warner. Construidos a gran velocidad, los edificios acababan de inaugurarse y estaban llenos de tiendas de camisas a medida, trajes de diseño, joyas, utensilios para cocina sibarita, accesorios de cuero hechos a mano y artículos decorativos importados. En los pisos superiores, algunos de los restaurantes más caros de la ciudad ofrecían trufas, caviar, ternera Kobe y costosos «menús de degustación». Sobre los restaurantes había algunos de los apartamentos de alquiler más caros de Manhattan. Una o dos veces yo había entrado por curiosidad en los comercios de la planta baja, pero el precio de los artículos, y lo que